

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN FRANCISCO DE ASIS.

Eris quasi hortus irriguus.... Fundamenta generationis et generationis suscitabis.

Serás como huerto de regadío.... Levantarás los cimientos de una generacion estable.

Isaias, cap. LVIII, v. 11 y 12.

Celebren en buen hora los pueblos y naciones la memoria de aquellos varones ilustres que llenos de valor y heroicidad se hicieron acreedores al amor y aprecio de sus semejantes. Por mas que yo registro con avidéz las páginas de la historia, por mas que leo con atencion los hechos memorables en ella consignados, no descubro un héroe que llegase á adquirir mas justa celebridad y mas derechos al amor y veneracion de todas las gentes que el abrasado serafin del amor, el humildísimo Francisco de Asis, cuya memoria solemniza hoy la Santa Iglesia y cuyo elogio ha sido confiado á mis débiles fuerzas y escasos conocimientos.

Vedme aquí, pues, en el caso de hablar de un

varon justo que cual otro Moisés supo con el báculo prodigioso de su palabra y ejemplo, hacer brotar cristalinas aguas de virtudes de infinidad de corazones; que cual otro Abraham fué padre de una generacion dilatadísima que estendida por todos los pueblos cristianos, viene de generacion en generacion consiguiendo admirables conquistas para Jesucristo, y dando dias de gloria á la religion y á las sociedades; que cual otro Pablo vivia en el mundo como si no viviese, pues como él podia esclamar: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí»

No me es nuevo, señores, el ejercicio de la Divina Palabra; empero confieso con la ingenuidad que es propia del sagrado lugar que ocupo en este instante, que nunca me he visto mas perplejo y dudoso sobre el giro que debia dar á una oracion, que al comprometerme para pronunciar en este dia el panegirico del ilustre Francisco de Asis, de ese varon apostólico que mirando con desprecio todas las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, fué un perfecto modelo de la perfeccion evangélica, un incansable apóstol de la religion cristiana, un hombre, en fin, cuya caridad le hizo no solamente trabajar en su propia santificacion, sino tambien en la de sus semejantes: nadie con mas motivo que él pudo esclamar: *Respiscite quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam.*

¿Y cuál es, me direis, el motivo de esas dudas, cuando no es facil encontrar un campo mas vasto que el que presentan las virtudes de Francisco al orador sagrado? Así es ciertamente, mis hermanos, y me bastaria referir parte de sus hechos admirables, para arrebatat las atenciones de mis oyentes. Empero no

me han de escuchar tan solamente esas sus fervorosas hijas que en el claustro siguen la austeridad de su regla. Hablo ante toda clase de personas y en un siglo en el que el filosofismo ha hecho los mayores esfuerzos por hacer aparecer ante los ojos de la juventud á los regulares, no solamente como inútiles, sino tambien como perjudiciales á la sociedad, y opuestos al progreso de las ciencias. ¡Calumnia vil! Nadie como ellos ha contribuido á la civilizacion de los pueblos: nadie como ellos ha tenido la heroicidad de perder la vida en sus grandes trabajos al conquistar incultas islas: ellos han sido los verdaderos amigos de la humanidad; los que han predicado la paz, el respeto á las autoridades divina y humanas, los que mirando, en suma, á todos los hombres como hermanos, se han hecho todo para todos, han tenido no solamente en sus lábios, sino grabado en sus corazones ese lema tan manoseado como poco comprendido ni practicado por los modernos reformadores de *igualdad y fraternidad*. Tan solo al espíritu del cristianismo está reservado el verdadero heroismo.

Creo habreis comprendido ya las causas que motivaban mi pusilanimidad. En la necesidad, pues, de formar el elogio del serafin llagado y defender á su ilustre familia de los rudos ataques de la impiedad y de las calumnias del filosofismo, yo os demostraré que Francisco de Asis fué como un huerto cerrado, que regado con las aguas de la divina gracia, produjo admirables y olorosas flores de cristianas virtudes: *Eris quasi hortus irriguus*. Esto dará materia á la primera parte de mi oracion, haciéndoos ver en la segunda, que tuvo la gloria de levantar los cimientos de una generacion santa, á la

cual es deudora la humanidad de grandes y extraordinarios beneficios: *Fundamenta generationis et generationis suscitavit*.

Solicitemos ante todo los dones de la gracia, tan necesarios para el mejor acierto, y sea por la mediacion de la Santísima Virgen, saludándola para mas comprometerla en nuestro favor con las mismas palabras que un dia la dirigiera el celestial Parainfo. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Dos clases de santidad conducen al hombre al fin para que fué criado, que es el poseer la feliz y dichosa inmortalidad. Es una la santidad esencial: consiste esta en el exacto cumplimiento de la ley de Dios. Sin necesidad de retirarse de la sociedad, atendiendo al cuidado y sustento de su familia, disfrutando con moderacion y prudencia de los bienes que el Señor concede, puede el hombre santificarse en el cumplimiento de sus deberes sociales y domésticos, si al mismo tiempo no descuida los deberes religiosos, es decir, si es caritativo, humilde, modesto, si lejos de enorgullecerse por su posicion y bienes de fortuna, los emplea en hacer bien á sus semejantes. La otra santidad es la heroica, que consiste en observar no solamente los preceptos, sino aun tambien los consejos evangélicos. No todos son llamados á la santidad heroica: el Señor, que es pródigo en misericordias, hace aparecer, segun la necesidad de los tiempos, héroes admirables que cual brillantes antorchas iluminen el mundo con su doctrina al tiempo mismo que le edifiquen con su rara virtud, haciendo conocer su error

á los que caminan por sendas estraviadas. Es constante que á estos héroes de santidad, es siempre deudora la sociedad de inestimables beneficios.

Un pasaje evangélico confirmará la esplicacion que acabamos de dar acerca de la diferencia que existe entre la santidad esencial, á la que todos los cristianos estamos obligados, y la santidad heroica, á la que Dios llama á ciertas almas. Llegóse un hombre á Jesucristo y le dijo: Maestro ¿qué deberé hacer para conseguir la vida eterna? A cuya pregunta contestó el Salvador: si quieres entrar en la vida eterna observa los mandamientos: no matarás: no adulterarás: no hurtarás: no dirás falso testimonio: honra á tu padre y á tu madre, y amarás á tu prójimo como á tí mismo. Todo esto, dijo el hombre, lo guardo desde mi juventud, ¿qué me falta aun? Jesus le dijo: si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo (1). Así lo hizo el héroe cuya memoria celebramos y á quien Dios eligió para confundir con su humildad el orgullo y la altanería de su siglo: con su modestia, el lujo y el escándalo: con su voluntaria pobreza, la vanidad y arrogancia de los ricos; y con su vida laboriosa, la vida muelle é infecunda de muchos hombres que nada hacen ni en su propio beneficio, ni en el de sus semejantes. Abramos las páginas de su historia y mil hechos admirables nos harán conocer, que fué como un huerto regado por las aguas de la divina gracia, cuyos frutos fueron las mas olorosas flores de las virtudes cristianas. *Eris quasi hortus irriguus.*

(1) Math. cap. XIX, v. 16 21.

Tocaba á su ocaso el siglo XII, cuando Francisco abrió sus ojos á la luz del mundo, y no obstante ser hijo de un mercader acomodado, su nacimiento fué sobre humildes pajas, por inspiracion que tuvo su madre, y á fin de que tuviese esta semejanza con el Redentor de la humanidad, á quien mas tarde habia de imitar del modo mas perfecto con que puede hacerlo una criatura. No diremos que desde sus primeros dias dejó conocer su amor al retiro y á la soledad. Antes por el contrario, si su niñez en nada se diferenció de la de los demas infantes, apenas llega á la juventud, cuando todos descubren en él un génio vivo y alegre, acompañado de gracias naturales que le hacian simpatizar á primera vista con todo el que tenia ocasion de hablarle. Aficionado á la poesia, fino en su trato con los hombres, galante y atento con las mujeres, sin haberse enorgullecido por mas que le sonriera la fortuna, era uno de aquellos jóvenes que suelen distinguirse en la sociedad. Nunca fué malo; su corazon siempre fué propenso á la bondad; malas inclinaciones no las conoció. Esto no obstante, su humor jovial y condescendiente le arrastraba á reuniones donde pudiera distinguirse y lucir sus dotes naturales. El mundo, que está pronto para tender sus redes y prender en ellas á la juventud incauta, llama á Francisco, á quien pretende deslumbrar con el seductor aparato de sus encantos y pretende aplicar á sus lábios la dorada, empero ponzoñosa copa del deleite. Pero no; ¡oh mundo, que á tantas almas guias á la perdicion! nada conseguirás de Francisco: el amor profano no tomará posesion de su corazon: si por breve tiempo se ha sonreido á tus halagos, él sabrá volverte las espaldas, triunfar de tus engaños, y ayudado con la divina gra-

cia que en él se aumentará cada día por su correspondencia, llegar á la perfeccion cristiana, para ser un diestro piloto, que á través del borrascoso mar de las pasiones mundanales, guía á multitud de almas al puerto seguro de la salvacion.

Y fué así, mis señores; Dios, cuyos juicios son incomprendibles, y que elige cuando es su voluntad, las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes (1), habia elegido á Francisco para influir en la reforma de su siglo, para oponerse á la relajacion de las costumbres, y hacer frente con su ejemplar conducta al impetuoso torrente de la maldad que en sus días arrastraba á la juventud por el ameno camino de la perdicion eterna. Quien hubiese observado á Francisco en su juventud, y antes de emprender la grande empresa que ayudado de la gracia llevó á término feliz, ¿hubiese podido creer los designios de Dios sobre él, y la gran revolucion moral que habia de efectuar? A esta pregunta contestaré con otras que nos harán conocer cuán limitada es la inteligencia humana, y cuán errados son los juicios que forma por lo comun sobre la suerte y destino de las criaturas. Quien hubiese observado un tierno infante que en una cestita de juncos fluctuaba sobre las aguas del Nilo en tiempo de los Faraones en el Egipto, ¿hubiese creído que aquel niño habia de ser educado mas tarde en el mismo palacio de Faraon, y ser el libertador de su pueblo? Quien en el siglo XVI de la Iglesia, hubiese visto en una de las ciudades de nuestra España, á una monja débil por sus continuas enfermedades, sin recursos de ninguna clase, tratada de loca y de mujer andariega, ¿hubiese

(1) I. Ad Cor., cap. I, v. 27.

creído que aquella mujer habia de ser la ilustre reformadora del órden del Carmelo, la mística doctora de la católica Iglesia? Hé aquí contestada la primera pregunta que hicimos sobre el destino de Francisco, que apareció en el mundo siglos antes que nuestra patrona Santa Teresa, y quien como ella en nuestra España, fué en Italia tenido por loco, siendo silbado y corrido por los muchachos. La gracia habia obrado en él un prodigio admirable. Aun era bastante jóven cuando se siente movido á despreciar las cosas de la tierra y á ser un clarín que anunciase por todas partes la grandeza de Dios y su justicia, y desnudándose de sus vestidos, que troca con los de un miserable pordiosero, se propone vivir en la mayor pobreza y alimentarse con la caridad pública. El mundo no vé las cosas mas que por la corteza, y no comprende el espíritu que anima á los héroes de la religion. ¡Oh cuánto tiene que padecer Francisco, desde el momento en que entra por las sendas de la perfeccion evangélica! Aquí es maltratado por unos ladrones que le arrojan en una cisterna: allí es objeto de las burlas y denuestos de los que le juzgan en estado de demencia. Pero justamente en los padecimientos y trabajos encuentra su mayor gloria el siervo fiel que se habia propuesto imitar en cuanto le fuera posible al Redentor de la humanidad, que siendo su Dios con el Padre y el Espíritu Santo, habia sido insultado y escarnecido por el hombre, á quien vino á salvar.

Precisamente, todos aquellos que habian conocido y tratado á Francisco desde sus primeros dias, empezaron á tratarle de iluso y de fanático y se propusieron hacerle variar de resolucion. Su mismo padre, que se creia deshonrado al verle cubierto de

andrajos, le conduce ante el obispo de Asis, quejándose al Prelado y suplicándole se opusiese á la resolucion de su hijo. Pero justamente delante del obispo hace renuncia de cuanto le puede pertenecer de los bienes paternos, y se despoja, guiado por el fuego del amor divino, de la pobre ropa que le cubria. El Prelado mandó traer una capa, la cual corta Francisco en forma de cruz, y colocándosela esclama en el mayor júbilo de su alma: Hasta ahora os he llamado Padre: de aquí adelante diré tan solamente «Padre nuestro que estás en los cielos,» y saliendo de la morada episcopal, empieza la vida austera que se habia propuesto seguir, y se dedica á predicar por todas partes, animado por su caridad ardiente, que le hacia desear la salvacion de todas las criaturas.

Ya se habia fijado en su imaginacion la idea que despues llevó á cabo de fundar un orden religioso donde se observase un género de vida penitente, y donde se atendiese no solo á la propia salvacion, sino tambien á la de los prógimos. ¡Oh qué ardiente y verdadera caridad!

Siento en verdad que sean tan estrechos los límites que el uso ha fijado á este género de oraciones, porque ahora se nos presenta un vastísimo campo donde admirar el grado de heroicidad á que llegó nuestro Santo. No busca Francisco consejos de los sábios de la tierra: su consultor es Jesucristo: como todas las almas verdaderamente ascéticas, busca en el ejercicio de la oracion la divina inspiracion para llevar á cabo los planes que se propusiera: su libro, donde estudia la ciencia de la salvacion, es la imagen del Crucificado: la estrecha entre sus brazos,

la acerca á su corazon, llora, suspira, y ruega de continuo al Señor que le dé á conocer su voluntad santísima, y busca para esto una intercesora poderosa que es la Bienaventurada Madre de Dios. En Porciúncula, á donde se habia retirado, conoce ya la voluntad del Señor, y se asocia de diez y seis compañeros, proponiéndose emplearse todos en la predicacion del Evangelio, poniendo los cimientos á un orden que estendido despues por el campo de la Iglesia, habia de ser numerosísimo, y plantel que habia de producir innumerables mártires, celosos confesores y vírgenes santas. Por su mano escribe la regla de su orden, que toda está basada en caridad.

Una cosa faltaba y era ciertamente la mas esencial: que el Vicario de Jesucristo aprobase el nuevo orden: Francisco se dirige con sus compañeros á Roma y se presenta ante Inocencio III: todas son dificultades, pues que los Cardenales aconsejan al Papa diciéndole que era mejor y mas útil reformar las órdenes religiosas existentes que establecer otras nuevas. Francisco es, pues, despedido sin conseguir su objeto. Las criaturas aceptables al Señor, dice la Escritura, deben probarse en la tribulacion (1). Francisco fija su confianza en Dios y no desmaya. El Papa Inocencio tuvo una vision en sueño, y conociendo la voluntad del Señor sobre Francisco y lo útil que á la Iglesia habia de ser su instituto, lo aprobó y por sí mismo vistió el santo hábito á aquellos religiosos, nombrando á Francisco por superior de todos ellos. Instituido ya el orden de los menores, demos una rápida ojeada sobre los trabajos apostólicos de su ilustre fundador y patriarca.

(1) Eccli. cap. II, v. 5.
Tomo VI.